

NOVELA DE DANIEL GUEBEL

Travesías de un jesuita

TAMARA KAMENSZAIN

Si nos atenemos al epílogo de Leandro de Sagastizábal —un sutil y didáctico paneo por la historia de las misiones jesuíticas que se instalaron en el Cono Sur a principios del siglo XVII— tendremos que inferir que este fue el disparador que le sirvió a Daniel Guebel para escribir **Cuerpo cristiano**. Además, el hecho de que la novela aparezca publicada en la colección juvenil Travesías es otra señal que predispone al lector a emprender, oh incauto, la lectura de un libro no apto para adultos. Sin embargo, solo quien sortee estas arbitrarias pautas de edición podrá embarcarse en la verdadera travesía de **Cuerpo cristiano**.

“Nací bajo el signo de Acuario y por un oscuro lunar que en mi barbilla nació



NOVELA

**CUERPO
CRISTIANO**
DE DANIEL GUEBEL

*Imaginaria aventura
de un jesuita relatada
especialmente para
jóvenes lectores.*

Fondo de Cultura
Económica, 1995.

195 páginas

\$ 7

conmigo, mi comadrona prometió que para comienzo y fin de empresas extraordinarias se daba el hecho de mi nacer”, empieza confesando ese niño narrador

que hilará toda la novela en estos términos: frases gongorinas que nos trasladan de ida y de vuelta por el periplo completo de una intriga. A bordo de ese fraseo llegamos con el protagonista y sus padres a tierras americanas. Una familia tipo de la época (madre, padre, comadrona e hijo), o, mejor, una compañía de actores donde cada uno es quien es en función de su rol en el tablado. Colgados de la telaraña de frases y con el envión de una prosodia que nunca detiene su ritmo arcaizante, los cuatro castizos saltimbanquis desembarcan en Buenos Aires primero, para después caer parados en el campo argentino. Allí, perdidos entre animales que a sus ojos resultan exóticos mientras a los nuestros adquieren la familiaridad de los ejemplares pampeanos de César Aira, se topan con dos jesuitas. Estos personajes,

verdaderos profesionales de la traducción, aparecen en el imaginario guebeliano como **escribas de un diccionario imposible** donde el español es una lengua mientras el guaraní es un pretexto para expresar lo inexpressable. Si algo de “juvenil” tiene esta nueva novela de Guebel, no es otra cosa que lo que desde su primer libro (**Arnulfo o los infortunios de un príncipe**, 1987) ya marcaba la singularidad de un estilo. La juventud de la frase es el divino tesoro de su carácter narrativo. Siempre abriendo intrigas, la lengua guebeliana crece contra un permanente efecto de artificio que nunca jamás le da el gusto a los adultos. Ni desperdicios enunciativos ni parrafadas egocéntricas de autor ni siquiera frases utilitarias: siempre la arriesgada travesía de no querer decir nada para contar mucho.

Clarín 22/3/96